ANTEJARDINES:

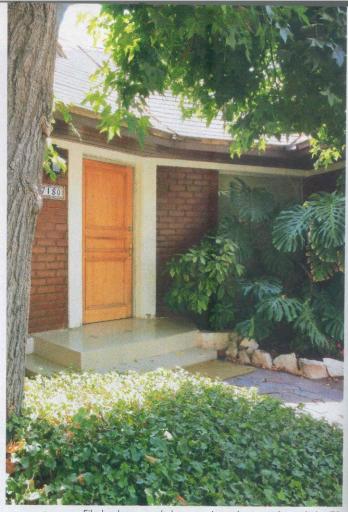
Cómo nos cambia la cara

El antejardín parece ir en retirada. Aquellas áreas verdes que dan a la calle donde el santiaquino vive y exhibe lo que es -o lo que quiere ser- se han ido cerrando en la búsqueda de seguridad y privacidad. No sólo dejaron de ser un aporte particular al espacio público, también perdieron relevancia como símbolo escénico y como lugar de encuentro entre vecinos.

TEXTO, PAULA DONOSO BARROS | FOTOGRAFÍAS, VIVIANA MORALES



El rango de tamaños es amplio: incluso pueden caber sólo macetas.



Filodendros, una de las especies más marcadoras de los 70

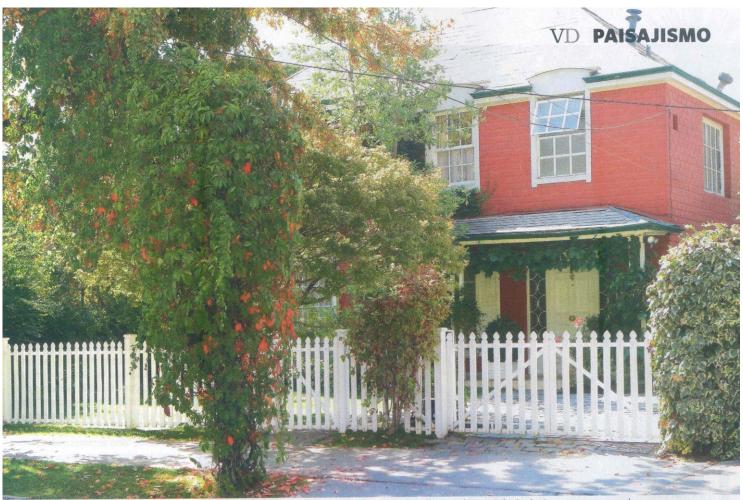
l antejardín es ese espacio de transición entre lo público y lo privado, que se recorre en unos cuantos pasos desde que entra la llave en la reja hasta que se abre la puerta de entrada. Puede ser un espacio amplio o algo más que una franja, pues ninguna ley lo regula en cantidad, sí en su deber de ajustarse a la línea de construcción de la cuadra, para generar un conjunto armónico. Muchos o pocos metros que, sin embargo, concentran más códigos sociales y culturales que plantas.

El hecho de que cada día queden menos antejardines, abiertos, transparentes a la vereda, sin duda responde a que la seguridad hoy se impone a consideraciones estéticas, pero también a que en Chile, en especial en Santiago, surgió una nueva forma de ser que guarda la privacidad ante todo. La mirada desde la calle se aísla con planchas metálicas, maderas o totoras entrelazados en los barrotes. O, definitivamente, las construcciones nuevas se blindan con murallones sólidos o se plantan como imponentes fachadas arquitectónicas, y el antejardín, ese pequeño mundo amable, desaparece.

Una pérdida para la comunidad, coinciden desde distintas áreas. "El antejardín es un espacio que aporta al paisaje urbano", dice Gabriela Tauler, profesora de Historia de los Jardines en la carrera de Arquitectura del Paisaje en la Universidad Central. "Y al mismo tiempo, su rol es reflejar de alguna manera a la sociedad; un mundo cultural, la forma como se vive el espacio", continúa la paisajista.

El arquitecto Genaro Cuadros, director del Laboratorio Ciudad y Territorio de la UDP, explica: "El antejardín, en lo que conocemos como ciudad jardín, es la contribución personal a la ciudad. Es el aporte a la configuración total de la manzana, una acción pública en la que uno entrega algo; un acto de participación respecto del espacio público. Era lo que se compartía comúnmente con los vecinos. Y, desde ese punto de vista también tiene un sesgo de imagen, de pretensión o de estatus". Nada nuevo, dice: "También pasó antes con la fachada continua, que mientras más ornamentada, mejor".

Aunque las casas tuvieran patios interiores, los antejardines eran un espacio para reunirse, para instalarse a conversar y para jardinear.



El encanto de una caminata por el barrio incluye ver distintas especies y sus cuidados; muy distinto al mero tránsito junto a un muro cerrado.



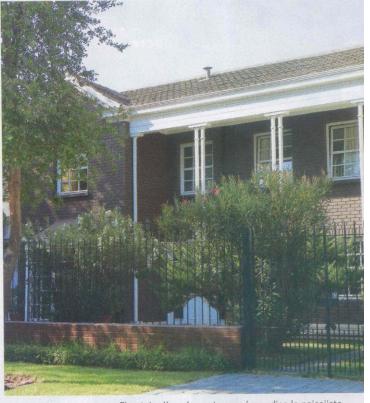
Los estilos arquitectónicos que dan personalidad a cada sector pueden observarse en sus detalles tras un antejardín transparente.

"Eso generaba comunicación, interacción entre los vecinos. Nos conocíamos, había experiencias comunes gracias al muro bajo o a la reja transparente", recuerda Gabriela Tauler. Hasta que por un tema de seguridad, y de hábitos, empezaron a cerrarse alrededor de los 80. "La manifestación de estatus ya no está en el antejardín", dice el arquitecto de la UDP. "Hoy

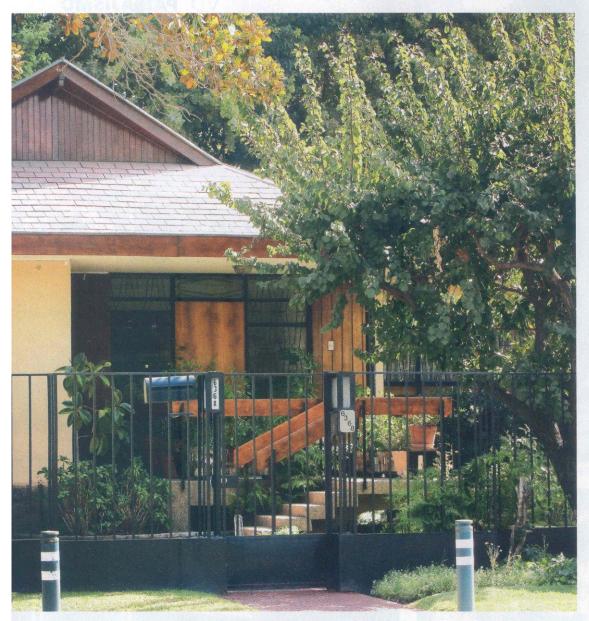
está puesta en el valor estético o en la grandilocuencia de la casa; en cuántos autos hay en el frontis y, más todavía, en qué barrio se habita. Hoy el valor escénico del antejardín es relevante, pero no determinante".

Un mundo de códigos

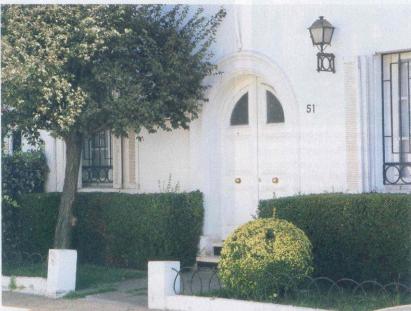
Con mayor o menor notoriedad, todas estas pequeñas áreas verdes



El antejardín más contemporáneo, dice la paisajista Gabriela Tauler, es monocromo, con repetición de especies y grandes masas arbóreas que hacen contrapeso a la construcción.



Un espacio sin reglas: puede tener elementos arquitectónicos, artísticos o exclusivamente vegetales. Todos reflejan una época.



La paisajista recuerda cuando el jardín lo mantenían los dueños. "Mi papá los domingos en la tarde podaba el crategus". concentran un sinfín de códigos. Sus especies, pavimentos, ornamentaciones –desde grandes esculturas en espacios generosos hasta enanos asomados entre los arbustos– hablan de sus habitantes. Cada uno, rodeándose de sus propios imaginarios, proyecta un código cultural.

Pero cada día somos más tímidos. "A nadie le llama la atención que para Halloween todo el mundo adorne su casa en Estados Unidos. Pero acá, en Navidad, por ejemplo, son poquísimos los que ponen luces en sus jardines, y cuando se da es en barrios medios y populares", dice la paisajista. "Son sectores que no han perdido vivir sus gustos, sus rituales, con total libertad. Es una cultura mucho más libre, y el antejardín presenta un potencial para generar una identidad primero individual, luego social y por último conformar un imaginario colectivo".

Les llama jardines emotivos: "Son transparentes al mostrar la manera de vivir. La relación con ese espacio es de representación; no son jardines aspiracionales, es lo que soy, un espacio de libertad".

En barrios más acomodados, en cambio, el tema se ha sofisticado: "La cara pública está más cerca de lo que debo ser", dice Tauler. "Creo que salvo excepciones, ya no son las personas sino otros intereses los que entran en juego en un antejardín". Y explica: "Hago muchos jardines de edificios y veo que la experiencia es extrapolable a las casas. El arquitecto quiere algo muy moderno, limpio y monocromático que no compita con su arquitectura".

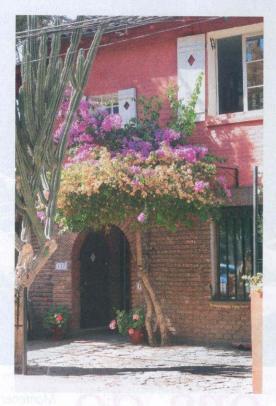
La preponderancia de la arquitectura individual por sobre la coherencia de ciudad también la distingue Sebastián Mundi, socio de Neim Arquitectos, quien ha publicado algunas reflexiones sobre el tema. "Si uno ve la arquitectura que se genera hoy en los suburbios es como un collage de distintos estilos arquitectónicos. Se muestra la fachada y la materialidad en vez de potenciar estos jardines que serían la manera de

Un patio duro que sirve de estacionamiento y se abre a la calle. Las buganvillias y los cardenales, especies clásicas de un antejardín.

dar continuidad a la ciudad".

Los antejardines permanecen ocultos. A los más se comparte el antejardín exterior –entre la reja y la calle–, en especial con pasto y árboles cuando la vereda lo permite, pero que también resta su aporte al adquirir, según Mundi, un sentido más que nada de estacionamiento. "No hay nada malo en eso, pero sí en la forma en que se hace, al ocupar mucho espacio en patio duro y quitar prioridad a lo verde, con lo que se quiebra la continuidad de la fachada verde".

La gran pérdida, coinciden, es que el espacio de conexión entre vecinos se acabó. "A la gente ya no le interesa", dice la paisajista. VD





Los antejardines transparentan una manera de vivir, generan sensaciones y marcan la personalidad de un barrio.

